EL UNIVERSO MAYA DE MIGUEL ANGEL ASTURIAS

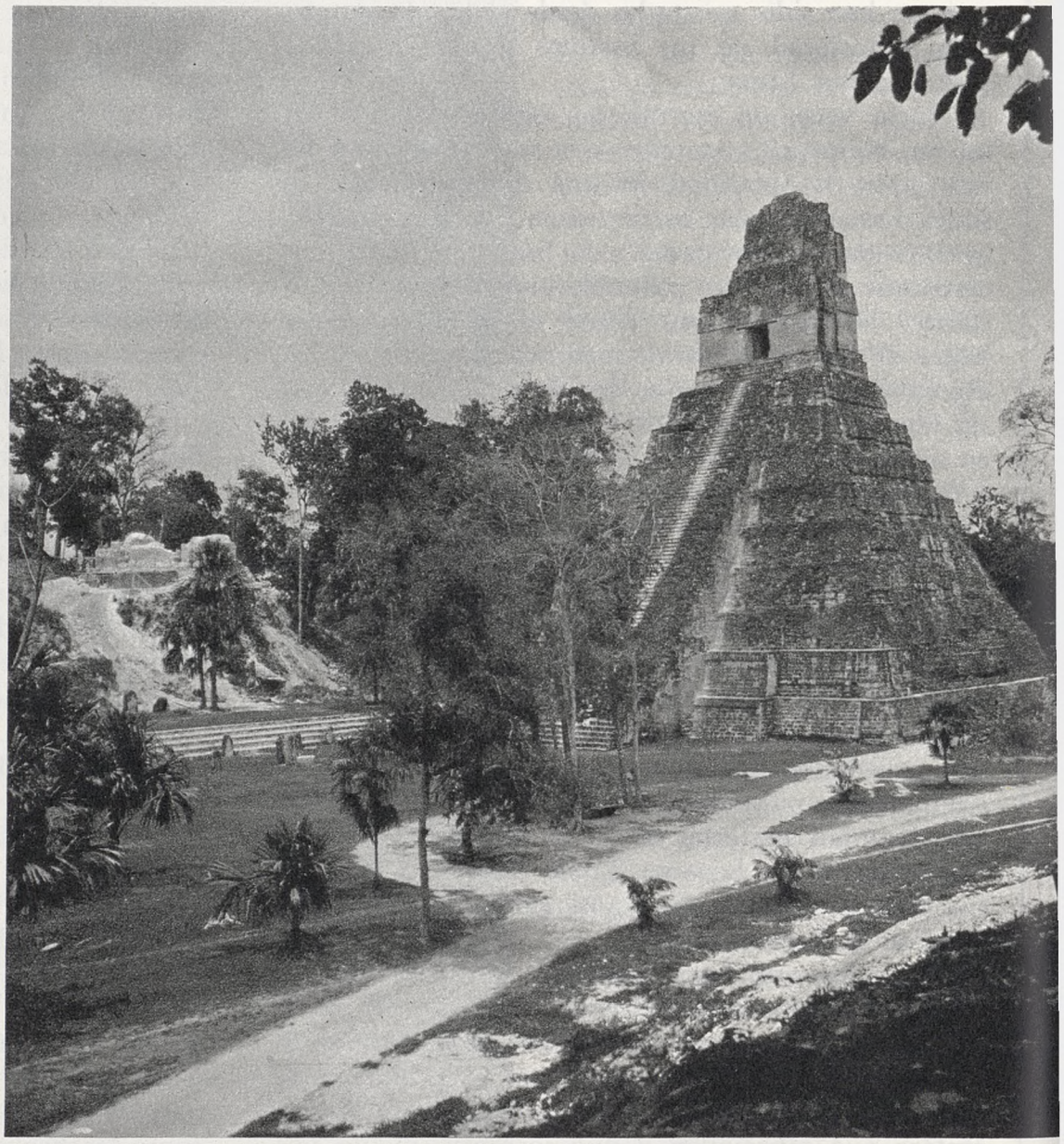
Por Julio DIAZ USANDIVARAS

Un mundo arrebatado a sus propios dioses

MIGUEL Angel Asturias pulsó los sabios escondites del universo maya; se abrió a todos sus vientos, remontó el techado de su cosmogonía. Pero sólo cuando traspuso el umbral del hombre aprendió a ver a América como una entidad sustantiva. Hizo entonces polémica y diarismo de lucha. Su palabra tónica y batiente entró a rodar en los cilindros de la tinta fresca. Fue el iracundo del momento dado que llenó de glóbulos rojos la pasión dormida de su pueblo.

Después de la sátira punzante de «El Señor Presidente» (1946) llega «Hombres de maíz» (1949), una obra de carácter muy etnológico que describe el enfrentamiento entre los indígenas que siembran el cereal para comer y los mestizos o criollos que lo siembran para comerciar. En todos sus libros se observa la constante gravitación de creencias y supersticiones; es que no se puede separar de la escena guatemalteca al brujo, al curandero, factores condicionantes de lo maravilloso y lo invisible.

Asturias descarnó el realismo mágico en una toma de conciencia de la problemática social. El la llama «literatura invadida por la vida». Pero esta afirmación revela justamente el compromiso de un hombre que siempre militó en la vanguardia ideológica. La actitud se procesa a través de su trilogía bananera, «Viento fuerte» (1950), «El papa verde» (1954) y «Los ojos de los enterrados» (1960), entre otras novelas de su autoría.



Hace diez años Miguel Angel Asturias obtenía el premio Nobel de Literatura. Con su triunfo, la Guatemala mágica se ponía de pie ante el mundo y el gran escritor acentuaba su perfil tallado en piedra, como si fuera uno de sus dioses mayas. Los Reyes de España han visitado conmovidamente las ruinas de una civilización que supo elevar grandes monumentos como «El Gran Jaguar», templo maravilloso del Tikal. La literatura de Miguel Angel Asturias, desde «Leyendas de Guatemala» hasta los últimos artículos publicados poco antes de su muerte es un propósito continuo de mostrar al mundo el valor de una de las culturas más avanzadas de la América precolombina.

LA HORA DEL NOBEL

El mundo entero centraba su expectativa en una sede diplomática de París. El día se vivía con nerviosa actividad en los pasillos y salones de la residencia. ¿Golpe de estado? ¿Invasión? ¿Emergencia nacional? Nada de eso. A las 12,30 del 19 de octubre de 1967 el Secretario de la Embajada de Suecia entrevistaba al Embajador de Guatemala, Miguel Angel Asturias, para comunicarle que la Academia Sueca le acababa de conceder el Premio Nobel de Literatura.

Una maraña de cables se fue tendiendo después en el despacho del galardonado y comenzó el asedio de las cámaras de la televisión francesa, de la española, de la sueca, de la RAI de Italia, hasta montar prácticamente un estudio bajo el rigor de los reflectores. Aquello era el pandemónium.

Cuando el enjambre de reporteros terminó de registrar la primicia, el recinto quedó convertido en un campo de Agramante. Recién entonces pude charlar a solas con Asturias. El se esforzaba para dominar la excitación tan propia del suceso. Acomodó por fin su trajinada humanidad en el fondo de un sofá, mientras una quietud balsámica iba persuadiendo la vuelta al ritmo cotidiano. París filtraba el resplandor otoñal por los ventanales de la rue de Courcelles y el perfil de Asturias parecía tallado en piedra maya, como los dioses de Tikal.

Era momento propicio para abrir el

diálogo. Y a la pregunta sobre el juicio que le merecía la creación hispanoamericana, nos respondió:

—Nuestra literatura ha alcanzado su mayoría de edad. Deducimos esto por la atención que nos prestan los críticos y la importancia que nos asignan en las universidades, donde se estudian constantemente nuestros textos, sea desde el punto de vista sociológico o estético, y también por el interés que tienen en la actualidad casi todos los editores de Europa por traducir nuestras obras. A todo ello se agrega como un bautismo el Premio Nobel que me ha sido otorgado, no sólo a mí, sino conmigo a toda la lengua española.

Mientras conversábamos llovían los telefonazos de los editores de Barcelona, de Milán, de Nueva York, de todas partes, pidiéndole derechos y opciones para sus libros. Ese agitado 19 de octubre él cumplía 68 años: toda una vida consagrada a recrear el semblante de América en las vertientes de su fantasía. Pero ese propósito no se limitó a un mero juego esteticista. Sus novelas denuncian el eterno conflicto entre débiles y poderosos, el drama del indio, sus miserias y su esperanza trágica.

PARIS DE LOS AÑOS VEINTE

A la orilla del diálogo seguimos rastreando viejas emociones que lo unen al tiempo en que viajó por primera vez a Europa. Sus veinticuatro años cabales escondían a un flamante doctor en leyes, bien que tentado en otras búsquedas. Se inicia, así, con el profesor Georges Raynaud en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona e investiga en una materia apasionante: Mitos y religiones de la América Maya. En esa lejana época realiza con el abate González de Mendoza la traducción del Popol Vuh del francés al español, basándose en la que Raynaud había hecho directamente de la lengua quiché.

Asturias abandona luego la indagación científica para consagrarse a la creación literaria. Sus «Leyendas de Guatemala» se editan en Madrid en 1930 y al año siguiente en París. La traducción de Francis de Miomandre lleva una carta prologal del eminente Paul Valery, quien exclama asombrado: «¡Qué mezcla ésta de naturaleza tórrida, de botánica confusa; de magia indígena, de teología de Salamanca, donde el Volcán, los frailes, el Hombre-Adormidera, el Mercader de joyas sin precio, las bandadas de pericos dominicales, los maestros-magos que van a las aldeas a enseñar la fabricación de los tejidos y el valor del cero, componen el más delirante de los sueños!».

El sortilegio lírico había dado en el blanco de una de las sensibilidades más acendradas.

—Después de tan rendidos elogios —nos dice ahora— me sentí obligado a presentar mi agradecimiento al autor de «El cementerio marino». Apenas comenzamos a charlar, demostró avidez por conocer esa América impalpable de la que muy poco sabía, absorbido como estaba por la política del espíritu, la matemática y la estética. «Caramba —me decía Valery—, ya estoy recreando mis ojos en todo ese mundo que es tan ajeno a nosotros, los europeos.»

La dinámica verbal enlaza otros recuerdos de Asturias.

—¡Tiempo aquél de París! Allí frecuenté a André Breton, a Pablo Picasso, a Robert Desnos, a Tristán Tzara, a Louis Aragon. Los artistas podían disponer de horas enteras para conversar en el café. Nos reuníamos en La Rotonde y en La Coupole con Vallejo, con Carpentier, con Uslar Pietri, con Neruda, con el Vizconde de Lazcano Tegui que hacía de gran cocinero poniendo de relieve su sapiencia culinaria. Ahí llegaba Huidobro y traía los mejores vinos... Y todo así. La vida era

El escritor Miguel Angel Asturias con el autor de este artículo, Julio Díaz Usandivaras, en París, por los días en que se le concedió al autor guatemalteco el premio Nobel de Literatura.

más encantadora y gratificante. En la actualidad —reflexiona con cierta nostalgia— los escritores, acosados por el apremio de cada día, trabajan en la radio, en la televisión, en la prensa, en la cátedra y confinan su verdadera vocación en una lucha cómplice y enajenante.

LA PALABRA Y LA IMAGEN

Asturias escribió la mayor parte de su obra en Argentina. Solía refugiarse en el Delta del Paraná para poder trabajar en soledad y compartía con su esposa —argentina también— una pequeña isla que llamaban Shangri-La. Allí, en la coordenada emocional más difícil de su vida, mitigó las horas del exilio, halló el amor, la amistad y el operante clima de la inspiración.

La relevancia de su narrativa ha velado un tanto el reconocimiento a su creación lírica. Pero, seguramente, no podrá esbozarse un perfil de Miguel Angel Asturias sin acceder a «Sien de alondra» (1949) y a aquellos «Ejercicios poéticos» sobre temas de Horacio.

—Mi primera devoción —nos dice— estuvo en la poesía. A los veinte años juzgaba, con cierta preocupación americanista, que era necesario aproximarse a un lenguaje que tradujera el pensamiento y el sentimiento de mi pueblo, pero transcribiendo a la vez el pensar y el sentir continental. De ahí en más abandoné el soneto y la elegía y me volqué a los poemas de los pies descalzos, tratando de cantar palabra sobre palabra, imitando los motivos indígenas de yuxtaposición. Este intento me satisfizo sólo en parte, pero gracias a él pude capitalizar una experiencia muy valiosa. Yo creo que los poetas que se consagran a la narrativa son los mayores novelistas. Eustasio Rivera tiene páginas que podrían ir alineadas en verso. Es decir que, al margen de nuestro propósito, a veces hacemos la prosa con el tenor estético del poema.

—... Al estilo de Ricardo Güiraldes —empalmamos sobre tambor—.

—A decírselo iba yo —asiente Asturias—. En «Don Segundo Sombra» hay pasajes de fluyente poesía como cuando desfila aquella caballada hacia el horizonte y nos invaden la monorritmia y la onomatopeya con esa sensación de inmensidad pampeana.

El desarrollo de la imagen nos va llevando a la relación literatura-cinematografía, asunto que llama el interés del Nobel guatemalteco.

—Al principio hubo, podemos decir, un no quererse entender entre la palabra y la imagen. Pero poco a poco la imagen se fue imponiendo y la palabra fue dejándole lugar; hoy, en casi todos los libros, descubrimos una secuencia cinematográfica de la vida. Creo yo, y éste será un problema a discutir —agrega—, que paulatinamente, la gente que se aproxima al siglo XXI se va transformando también en imagen. Y eso, naturalmente, exigirá un replanteamiento filosófico de la existencia.

ASUMIR LA REALIDAD

El autor de «El espejo de Lida Sal» sigue hablándonos de técnicas de la expresión hasta que lo sacamos del tema con un talismán sonoro: Guatemala. Le complace que hayamos recorrido aquel delirante contrapunto de lagos y volcanes y que asistiéramos a los ritos del Quiché. De golpe, estamos en la clave de la cuestión: emancipar al hombre en la propuesta de un mundo arrebatado a sus propios dioses.

—¿Acaso puede realizarse el escritor en una posición elusiva frente al tiempo que le toca vivir?

—Es lícito y respetable hacer esteticismo, hacer la novela al estilo europeo, aunque la receta del «nouveau roman» no es recomendable para quienes aspiran a ser testigos y cronistas del tiempo americano. Nuestros grandes escritores indagaron en la realidad social. Es Sarmiento quien nos revela esa conciencia lúcida y tenaz. Es también Martí con sus crónicas violentas, vivas. Hasta el mismo Darío asumió una actitud política cuando se enfrentó al «Roosevelt cazador». Hoy se considera, erróneamente, que una adhesión de esa naturaleza implica un embanderamiento. Y esto último sí modificaría el punto de vista. Cuando el escritor está comprometido con una ideología, sea cual fuere, ya no es libre de expresar lo que a su juicio y a su conciencia cree que debe decir. Pero al margen de la disquisición pienso que lo importante es estar del lado de los que van a cambiar la historia.

LA ULTIMA POSTA

Miguel Angel Asturias fue llamado a cumplir misiones diplomáticas más de una vez. Respondió con talento y calidad humana a esa delicada responsabilidad que acrecentó su prestigio y le brindó, por otra parte, la oportunidad de enriquecer su afición mundana. La trayectoria culmina —al borde ya del Nobel— con su designación como embajador en París. Por cierto, el protocolo no le obligó a dilapidar las horas de creación. Jamás perdió de vista su compromiso con la vida y hasta encontró el momento de proyectar, en colaboración con Pablo Neruda, un insólito libro —«Comiendo en Hungría»— donde su condición de gourmet le hace un servicio a la poesía, delineando con minuciosa exquisitez el repertorio del buen yantar.

En sus formulaciones prioritarias, Asturias tuvo en cuenta la necesidad de mostrar al mundo el valor de una de las culturas más avanzadas de la América precolombina. «Sueños de arcilla; sueños de piedra, sueños de piedras preciosas.» Recuerdo su entusiasmo protagónico al celebrarse en París la Exposición de Arte Maya. Estelas, elementos de carácter ritual, urnas funerarias, máscaras levantando los párpados del tiempo.

Todo está previsto en su agenda: conferencias, conciertos, contactos personales —Quai d'Orsay, no lo olvide señor Embajador—, sus libros y sus calles, los Elíseos y el viejo «Boul Mich».

—Desde muy joven, París ha sido para mí una ciudad de grandes incitaciones —nos dice, en despedida—. Ahora mismo estoy trabajando en una novela que llevará por título «Maladrón». La acción transcurre en los siglos XVI y XVII entre los españoles que empezaron la conquista de los Andes Verdes. Y tengo también bosquejada otra obra, «Dos veces bastardo», que sitúo en las calles de Guatemala y es, por así decir, la radiografía de mi generación, allá por los años veinte.

Esos textos alcanzaron a publicarse; otros quedaron a mitad de viaje, velando un fervor cautivo a la orilla de los significados.

Así compartimos con Miguel Angel Asturias la amistad y el diálogo en un otoño de París, la ciudad de sus viejas devociones, que guarda para siempre sus manos y sus sueños en el silencio de Pere Lachaise.— ■